

Arturo Scarone: de auxiliar a director de la Biblioteca Nacional

Inés de Torres¹

Universidad de la República

Resumen

Este artículo analiza la forma en que Arturo Scarone construyó su carrera en la Biblioteca Nacional ascendiendo desde un cargo de auxiliar a los 14 años hasta convertirse en la máxima autoridad como Director. Guiado por el espíritu cientificista de la época, fue reconocido por editar obras de referencia en las que la impronta del ordenamiento, la clasificación, la accesibilidad de la información –virtudes que defendió para la institución que dirigió–, fueron las rectoras. Cultivó un perfil de baja tonalidad, defendiendo la importancia de la vocación como verdadera clave del servicio público, participando así de la mística de la era batllista de la que fue hijo.

En la historia intelectual del Uruguay, el nombre de Arturo Scarone (1885-1958) está asociado en primer lugar a obras de referencia clásicas² de la primera mitad del siglo veinte. Muchas veces se desconoce el hecho de que Scarone fue, además, director de la Biblioteca Nacional entre 1922 y 1940, es decir, un extenso período de casi dos décadas.

1. Tiene un Doctorado en Literatura y Cultura Latinoamericana por la Universidad de Pittsburgh (EEUU). Es docente e investigadora de la Universidad de la República e integra el Sistema Nacional de Investigadores (Nivel II) de la ANII.

2. Scarone, Arturo (1956) *Efemérides uruguayas*. Prólogo de Raúl Montero Bustamante. Montevideo: Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay; Scarone, Arturo (1941) *Diccionario de seudónimos del Uruguay*. Montevideo, Claudio García Editores (1941); *Uruguayos contemporáneos*. Montevideo, Barreiro y Ramos (1937).



Scarone nació en Montevideo en 1885. Sus primeros años de educación los cursó en la escuela pública. Sabemos poco de su infancia y su familia.³ De ascendencia italiana, fue hijo de María Boagno y Agustín Scarone, a quienes dedica su primera obra de envergadura *El libro y sus enemigos. Estudio sobre los insectos que invaden las bibliotecas, museos y archivos* de 1917. En la dedicatoria no hay alusiones que nos permitan deducir que el joven naciera en una casa rodeado de libros o de bienes culturales. Todo indica que se trató de un hogar de la clase media, cuyo principal capital era para el joven el de sus valores morales: un padre que moldeó a su hijo «con el ejemplo noble y caballeresco» y lo guió «por la senda de la vida hacia el bien y la rectitud»; y una madre que para educarlo pasó «sacrificios y desvelos». Con la ofrenda de este, su primer libro, el joven esperaba honrar «el apellido modesto pero honroso» que le fue legado. En este sentido, Scarone es un claro ejemplo de esa clase media del Uruguay del novecientos que logró incrementar su capital cultural y simbólico hasta alcanzar un puesto de destaque en la institucionalidad cultural de la época, en su caso en primera instancia a través del ascenso en el escalafón administrativo del estado.

Desde muy temprano Scarone incursionó en el periodismo. Fue editor de *La Razón*⁴, y colaboró con *Imparcial*, y las revistas *Bohemia*, y *Rojo y Blanco*, entre otras. En 1909, adhirió al acto de creación de «Círculo de la prensa», institución de la que será bibliotecario

3. Se casó con Ana Bruzzone, también de ascendencia italiana, hija de Juan Bruzzone y María Chiarlone, educacionista pionera en la enseñanza de sordomudos en nuestro país. Bruzzone, maestra egresada del Instituto Normal de Señoritas dirigido por María Stagnero de Munar, se inscribió quien junto con otras colegas en el Instituto Nacional de Sordo-Mudos de Buenos Aires, y a su regreso al país organizó y dirigió el Instituto Nacional de Sordo-Mudos. La institución fue primero mixta, y luego, al crearse un instituto para niñas y otro para niños, Bruzzone queda a cargo del primero, mientras que el segundo quedó a cargo de Agustín Scarone, su cuñado, quien también se había especializado en la enseñanza de sordo-mudos. Bruzzone tuvo una activa participación en conferencias y delegaciones al exterior. Actualmente, la Escuela N.º 197 de Montevideo, especializada en la educación de niños sordos, lleva su nombre. Scarone (1941) *Diccionario de seudónimos del Uruguay*. Montevideo, Claudio García Editores.

4. En el período en que integra la redacción de *La Razón* usó el seudónimo de «Fray Mostacilla» desde mayo de 1909 a noviembre de 1922. También firmó artículos bajo el seudónimo de «Jean Pierre». Scarone, ob. cit.

entre 1913 y 1916⁵. De su etapa como periodista, Raúl Montero Bustamante destacará en 1956:

No se halla en la vida de este publicista ni la iniciación lírica que da origen al acostumbrado tomo de versos juveniles ni al mariposeo imaginativo que lleva al caprichoso cultivo de géneros ligeros e intrascendentes. Hasta en su temprana labor en el periodismo puso el sello de su espíritu grave y reposado, que buscaba en la actualidad el color histórico o la información relacionada con temas que en alguna forma se referían a la cultura.

La afirmación no resulta del todo veraz, ya que en revistas de la primera década del siglo veinte, encontramos si no versos, cuentos de corte melodramático al estilo folletinesco, de aquellos que quizás Montero Bustamante consideraría «ligeros e intrascendentes». Tal es el caso de «Amor que muere»⁶, «Alma Mater»⁷ o «Crepúsculo»⁸, publicados en *Bohemia* en 1910, o «Y este otro... ¡para ella!»⁹ publicado el mismo año en la revista *La semana*. Sin embargo, será en la administración pública y en la elaboración de obras de referencia bibliográfica, donde Scarone encontrará su lugar.



Arturo Scarone: el director que se hizo a sí mismo

Arturo Scarone fue probablemente el primer funcionario de la Biblioteca Nacional que accedió al cargo de Director ascendiendo en el escalafón administrativo desde su peldaño más bajo. En efecto, ingresó a la institución en marzo de 1900 con 14 años como auxiliar meritorio sin sueldo: solo después de cuatro meses empezó a cobrar una remuneración de \$18 mensuales. En mayo 1911 pasó a desempeñarse como auxiliar de primera con un sueldo de \$45 mensuales. Hasta 1916, Scarone siguió aún volcado al periodismo, y también

5. Uguccioni, Alejandro (1969) *Los 60 años del «Círculo de la prensa del Uruguay»*. Montevideo, Círculo de la prensa del Uruguay, pp. 20-22.

6. Disponible en <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/39415>, consultado el 24 de octubre de 2020.

7. Disponible en <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/39414>, consultado el 24 de octubre de 2020.

8. Disponible en <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/39416>, consultado el 24 de octubre de 2020.

9. Disponible en <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/41613> consultado el 24 de octubre de 2020.

incursionó en el debate sobre el proyecto de reforma constitucional desde las filas battlistas. El 14 de octubre de 1915, en un acto de cuya oratoria también formaron parte Domingo Arena y José Espalter, Scarone pronunció una conferencia titulada «La reforma constitucional y el Ejecutivo colegiado».¹⁰

Ese mismo año correspondió al centenario de la Biblioteca Nacional y Scarone publicó varias obras dedicadas a la historia de la institución y a su fundador, Dámaso Antonio Larrañaga. En su *Reseña histórica de la Biblioteca Nacional de Montevideo*, después de realizar un recorrido cronológico de los principales hitos en la historia de la institución, Scarone dedica un capítulo a «Lo que debe ser la Biblioteca en el futuro», en el que en cierto modo realiza un diagnóstico del estado de la institución en ese momento, un balance de sus principales logros y fracasos, así como de las necesidades que considera más urgentes para el futuro. La primera conclusión a la que llega es la de que la Biblioteca Nacional ha sido postergada por la Administración pública a lo largo de toda su historia, y se ha mantenido más a fuerza de vocación, voluntariado y filantropía que a una decisión política:

En sus primeros ochenta años puede decirse –sin temor de pecar de exagerado– que los Gobiernos que se vinieron sucediendo durante ese largo lapso de tiempo poco hicieron a favor de un establecimiento, digno de la mayor atención por parte de las autoridades y hasta de todos los ciudadanos que profesen algún amor a los libros. Fue la Biblioteca, durante, 16 lustros, algo así como la Cenicienta de la Administración Pública, librada a su propia suerte y amparada casi tan solo por el cariño y afecto que sus empleados y algunos pocos compatriotas –que contribuyeron a enriquecerla con donaciones– le dispensaron. (Arturo Scarone 1916, p. 108)

Scarone identifica al menos tres problemas que urge resolver: la necesidad de un edificio propio, la necesidad de publicar –como en otras bibliotecas nacionales de otros países– catálogos y anales, y la reorganización del personal. El diagnóstico parece acertado y el reclamo pertinente para un Uruguay que se encontraba en un momento de florecimiento económico, y que se vanagloriaba de su nivel cultural, contexto en el cual la Biblioteca Nacional podría pensarse como una de sus máximas expresiones. El tono de la reflexión

10. Arturo Scarone (1915) *La Reforma Constitucional y el Ejecutivo Colegiado*. Montevideo, Talleres *El Siglo*, *La Razón* y *El Telégrafo*.

oscila entre el desencanto de que no haya habido una política clara y decidida del Estado para solucionar estos problemas, y cierto optimismo en que el país llevará adelante las reformas necesarias.

En 1916, Scarone es nombrado Conservador de la Biblioteca Nacional, cargo que en rigor no existía pero cuya necesidad Scarone había fundamentado en el trabajo citado más arriba, al referirse a la necesidad de reorganización del personal:

Para completar el personal, a mi entender, creo que debería crearse el puesto de ‘Conservador de la Biblioteca’, que tienen la gran mayoría y más importantes instituciones de este género. El ‘Conservador’ es para las bibliotecas algo así como el *médico de los libros*, que cuida de su conservación, constantemente amenazada por infinidad de insectos dañinos y destructores y por la propia acción del tiempo y del uso que de ellos se hacen a diario en la Sala de Lectura. (Scarone 1916a: 117).

El Conservador sostiene, previene gastos inútiles en reencuadraciones y evita que obras insustituibles sean invadidas por la polilla y otros agentes destructores. Además de «médico de libros», el conservador también cumple la función de médico a secas:

...debiendo el ‘Conservador’ someter a la acción de gases venenosos a todos aquellos libros que han sido atacados o que se encuentran en peligro de estarlo, por la polilla u otros insectos, gana enormemente la higiene del establecimiento, puesto que obras que han estado en manos de lectores enfermos de males contagiosos, no guardarán entre sus páginas gérmenes virulentos de fácil transmisión a empleados y concurrentes a la Sala de Lectura. Estudios científicos han demostrado que el bacilo de la tuberculosis conserva dentro de los libros todo su terrible poder virulento por espacio de 21 años. Como el tuberculoso, por su propia condición patológica, es un ser que busca en la lectura una distracción para su desgracia, de ahí la necesidad de someter continuamente a los libros a desinfecciones completas, tarea que tendría a su cargo el ‘Conservador’ (Scarone 1916: 117).

El «médico de los libros»

Una vez ya nombrado él mismo conservador, Scarone volcó sus conocimientos y formación sobre el tema en *El libro y sus enemigos. Estudio sobre los insectos que invaden las bibliotecas, museos y archivos*¹¹, obra prologada por el exdirector de la Biblioteca Nacional,

11. Scarone, Arturo (1916) *El libro y sus enemigos. Estudio sobre los insectos que invaden las bibliotecas, museos y archivos*. Montevideo.

Juan Antonio Zubillaga. En el preámbulo, Scarone explica que ha recogido experiencias tanto de expertos europeos como la suya propia de 18 años en la Biblioteca Nacional, para aprender cómo combatir lo que plantea –imbuido del higienismo propio de la época– en términos de una guerra de los insectos contra el libro, al que denomina «el monumento más grande que ha erigido la humanidad para perpetuar su obra civilizadora a través de los siglos»: «Enemigos pequeños apenas perceptibles», «formados en legiones, multiplicándose en forma alarmante y extraordinaria, invaden los anaqueles de las bibliotecas, los museos, los archivos y los propios hogares». En la primera parte de la obra, profusamente ilustrada, se describen insectos y se representan a través de dibujos, innumerables clases de anobios, como el *paniceum* (anobio del pan), el *tesellatum* (anobio abigarrado), el *pertinax* o «anobio terco», el *striatum* (anobio rayado) entre otros. Scarone apela a obras de científicos europeos, no se priva de acudir a citas de Michelet en su trabajo «L'insecte» de 1857, o anécdotas que con espíritu didáctico («he tratado de ser más práctico que teórico», sostiene), intentan explicar algunos fenómenos familiares para quienes viven rodeados de libros, como el ruido producido por el anobio:

¿Quién en el silencio de la noche, en una de esas noches de insomnio en que el sueño parece que ha huido de nosotros, o en las largas horas, mientras vela a un enfermo, no ha sentido un ruido suave, acompasado, rumoroso, parecido al tic-tac de un reloj?

...

Cuántos al oír el tic-tac del Anobio, poseídos de prejuicios arcaicos, de sugerencias agoreras, no se han persignado, invocado a los dioses como si se tratara de algo diabólico, ultraterrenal. Y no pocos enfermeros pusilánimes y con atavismos de pitonisa, han interpretado ese ruido como una señal de que el pobre paciente se halla a punto de pagar su tributo a la madre común, de iniciar ese largo viaje del que no se retorna jamás. Y guay del pobre enfermo si experimenta el contagio de tan absurdo prejuicio; entonces el terror a lo más natural de toda vida, a la imprescindible muerte de todo lo que vive, se apodera de él y el momento fatal se apresura, se adelanta, al encontrar menos resistencia que lo contenga.

Y mientras una parte de la humanidad agorera piensa así, la diminuta larva del anobio, ajena por completo a esa superstición, cumple el mandato que le ha impuesto la naturaleza, royendo sin cesar, haciendo oír en las noches silenciosas el tic-tac de su labor, haciendo funcionar «el reloj de la muerte».

La segunda parte tiene consejos para combatir estas plagas que Scarone no duda en denominar «la tuberculosis del libro»: cómo agarrar un libro, cómo construir muebles adecuados, cuáles son las mejores encuadernaciones, tintas, papeles. Finalmente, concluye con la sección «La terapéutica del mal», referido a las medidas que deben ser utilizadas para ganar la guerra contra la plaga: el aislamiento de los «pestosos» en un «lazareto»; el uso de distintas sustancias, procedimientos específicos de limpieza, entre otras.

En agosto de 1920, Scarone es ascendido de su puesto de conservador al de subdirector de la Biblioteca Nacional. En 1922, todavía en ese cargo, Scarone publica un librito que parece destinado a argumentar a favor del puesto de director que se le otorgaría a fines de 1922. Se trata de *Cargos desempeñados y trabajos publicados (con sus documentos de prueba)*. En la obra detalla los distintos escalones que fue ascendiendo desde su ingreso a la institución, destacando sus más dos décadas de servicio y poniendo especial énfasis en describir las tareas honorarias que ha llevado adelante en todos esos años. Por ejemplo, la integración de la comisión encargada de recopilar y publicar las obras de Juan Carlos Gómez; el haber sido delegado oficial en distintos eventos como los actos de homenaje a Larrañaga en el aniversario de su nacimiento, o la participación en el Congreso de Historia, Bibliotecarios y Archiveros, realizado en Buenos Aires en agosto de 1922.

Interesa detenerse en este último episodio, porque Scarone lleva al Congreso en Buenos Aires un texto que luego publica llamado «¿Qué preparación deben tener los empleados de una biblioteca científicamente organizada?», que recibió la medalla de oro al mejor trabajo del evento. La organización del mismo estaba vinculada a la creación ese mismo año y bajo el impulso de Ricardo Rojas, de la Escuela de Archiveros y Bibliotecarios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Desde el título del trabajo se observa la voluntad de Scarone de señalar la importancia de la profesionalización de la función de los bibliotecarios, constituyendo en este sentido un antecedente relevante a lo que fuera la creación de la Escuela Uruguaya de Bibliotecología y Ciencias Afines veinte años más tarde.

Comienza distinguiendo entre dos tipos de trabajadores en la Administración Pública: los puramente oficinescos y los «puestos de carácter científico». Entre estos últimos destaca la importancia de quienes trabajan en las bibliotecas públicas, «verdaderos

acumuladores y distribuidores del saber, que reportan a los pueblos incalculables beneficios de cultura». Sin embargo, continúa, en muchas naciones, para proveer esos cargos «han pesado más las razones políticas o las de orden puramente personal que la de la preparación de los aspirantes». Y continúa: «Algunas veces, para justificar una designación, se ha buscado que el candidato a los puestos superiores poseyese algún título universitario, como si los estudios de medicina, abogacía, ingeniería, farmacia u otras profesiones semejantes, tuviera directa y capital relación con la ciencia bibliográfica y biblioteconómica». Sin embargo, la primera característica requerida para trabajar en una biblioteca, señala Scarone, es el «bien adquirido amor al libro»: «Su negligencia, su falta de apego al caudal bibliográfico, o a su cuidado, su incapacidad para acrecer su riqueza por la necesaria información y selección de lo que el progreso científico y literario edita (...) pueden ocasionar males incalculables, irreparables por sus proyecciones».

Para trabajar en una biblioteca pública, sostiene Scarone, se precisan conocimientos especializados. A continuación pasa revista a los programas de formación que en este sentido comenzaron a desarrollarse en distintos países de Europa a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y los contrasta con los de Estados Unidos, que se presenta para él como el modelo a seguir, dado el carácter democratizador que tienen las bibliotecas en ese país, donde se aspira, al igual que en Uruguay, que a sus salas de lectura asistan no solo los científicos, sino «los empleados y los obreros». También alerta sobre la costumbre de colocar en la dirección de las bibliotecas a hombres de letras sin conocimientos específicos, que se ocupan «más de sus trabajos literarios o científicos que del puesto que se les ha confiado», descuidando los catálogos, el orden de las salas e incluso desconociendo el acervo de la institución de la cual están a cargo. Scarone concluye con una exhortación a los poderes públicos en las distintas naciones, a instalar cátedras de formación científica para los empleados de las bibliotecas públicas.

La preocupación por el buen funcionamiento de la Biblioteca Nacional fue una constante en Scarone. En 1921, colaboró con el actual director Felipe Villegas Zúñiga, a elaborar las reformas al Reglamento de la institución que databan de 1901. En 1922, es finalmente ascendido al cargo de Director, y toma una serie de

medidas tendientes a democratizar el acceso a la institución¹², como la ampliación del horario y la apertura los días sábado.

El Estado y la financiación de publicaciones

Dado el interés de Scarone por dejar constancia de la atención que el Estado dispensaba a sus obras, es fácil observar un mecanismo utilizado por el Estado en la época para la financiación de publicaciones, que lejos de ser privativo de quien es objeto de estas páginas, constituía una práctica frecuente.

Arturo Scarone logra que el Estado financie la publicación de varias de sus obras por un mecanismo sinuoso. Por ejemplo, con motivo de celebrarse el primer centenario de la Biblioteca Nacional, y en el momento en que se encontraba ocupando el cargo de Conservador, escribe su *Reseña histórica de la Biblioteca Nacional*. Lo hace, según consigna, como un «modesto homenaje a los preclaros hombres» que fundaron la institución, y para demostrar su «afecto a una oficina en la que desde hace 16 años vengo prestando servicios». Una vez terminada la obra, le escribe una carta al entonces director Felipe Villegas Zúñiga, en el que la dona a la institución, renunciando a todos sus derechos como autor. A su vez, el Director escribe al Ministro de Instrucción Pública, José Espalter, elogiando la obra y pidiéndole autorización para emplear hasta \$200 de la partida destinada a «compra de libros y suscripción de revistas», para imprimir 500 ejemplares de la obra, justificando la erogación tanto en la calidad del trabajo, como en la antigüedad y abnegación del funcionario, así como en la posibilidad de «corresponder a la gentileza de un buen número de bibliotecas e instituciones del extranjero, que continuamente enriquecen el caudal bibliográfico de esta Institución con valiosas donaciones». Asimismo, también solicita autorización para hacer entrega a Scarone de la suma de \$150 extraída de las rentas propias de la Biblioteca, por «concepto de remuneración». Finalmente, el Ministro de Instrucción Pública acuerda \$150 para Scarone y \$150 para la publicación.

Algo similar ocurre con *El libro y sus enemigos*. Como apéndice a dicha obra, figura un texto que comienza de la siguiente manera:



12. Cf De Torres, Inés (2016) «¿Qué es y para qué sirve una Biblioteca Nacional? Disquisiciones históricas sobre una idea en busca de institucionalidad cultural en el Uruguay (1816-1955)». *Revista de la Biblioteca Nacional*. Tercera época, N.º 11-12, p. 368.

Trazada la última carilla de esta obra y después de corregirla en «galeras» y pruebas de páginas, hizo carne en mi ánimo la idea de que este trabajo podía reportar alguna utilidad para los establecimientos públicos que se ven invadidos por las plagas mencionadas. Por ello, presenté una nota al Ministerio de Instrucción Pública, ofreciendo en venta una cantidad de ejemplares.

Como respuesta a este pedido, el Director, Felipe Villegas Zúñiga, escribe una carta que se reproduce, al Ministro de Instrucción Pública, Dr. Rodolfo Mezzera, en la que le dice que el Sr. Arturo Scarone ofrece en venta al Ministerio 500 ejemplares de su obra, con destino al servicio de canje, y sugiriendo se acepte la propuesta. Mezzera consulta con el entonces Presidente Feliciano Viera, y finalmente se acuerda que la obra saldrá publicada a costa del Estado con una inscripción que dé cuenta de ello.

A modo de conclusión

A diferencia de sus antecesores en el cargo, Scarone no tenía el capital social, cultural o político suficiente que lo apuntalara para llegar al cargo de Director de la Biblioteca Nacional. No se había ganado todavía un lugar en el mundo de las letras, como Francisco Acuña de Figueroa (quien fuera director entre 1840 y 1847); no era un bibliófilo con apoyo político como Mascaró y Sosa (cuñado de Máximo Santos), ni pertenecía a una familia patricia como su antecesor inmediato, Felipe Villegas Zúñiga. Para compensar este hecho, Scarone fue construyendo su propia carrera en la Biblioteca Nacional –ascendiendo desde un cargo de auxiliar a los 14 años hasta convertirse en la máxima autoridad–, así como en cierto modo la propia institución lo fue moldeando a él mismo hasta convertirlo en uno de sus productos.

Desde el punto de vista de la historia de la construcción institucional de la Biblioteca Nacional, su rol fue relevante por cuanto junto con Mascaró y Sosa en el siglo XIX, cumplieron el rol de (re) formadores y modernizadores de la institución. Consolidó la estructura burocrática, abogó por la formación y especialización del trabajo de sus funcionarios, a la vez que reglamentó este trabajo para orientarlo en un sentido de mayor democratización del acceso al acervo de la institución. Desde su puesto de dirección y más allá de él, y guiado por el espíritu científico a la usanza de la época, se dedicó a editar obras de referencia en las que la impronta del

ordenamiento, la clasificación, la accesibilidad de la información –virtudes que defendió para la institución que dirigió–, fueron las rectoras. Así como contribuyó a la formación del aparato público estatal, también se valió de sus mecanismos para la difusión de su propia obra, cultivando siempre un perfil de baja tonalidad, y defendiendo la importancia de la vocación como verdadera clave del servicio público, participando así de la mística de la era batllista de la que fue hijo.

Bibliografía

- Batto, Mabel; Alicia Fernández; Antonio Souto y Óscar Jorge Villa: «Biblioteca Nacional del Uruguay», Boletín de la ANABAD, vol. 42, N.º 3-4, 1992, pp. 439-460.
- De Torres, Inés (2016). «¿Qué es y para qué sirve una Biblioteca Nacional? Disquisiciones históricas sobre una idea en busca de institucionalidad cultural en el Uruguay (1816-1955). En *Revista de la Biblioteca Nacional*. N.º 11-12. Dossier: «La biblioteca vista por sus lectores», pp. 353-373. Disponible en <http://bibliotecadigital.bibna.gub.uy:8080/jspui/handle/123456789/60386>
- Scarone, Arturo (1956). *Efemérides uruguayas*. Prólogo de Raúl Montero Bustamante. Montevideo: Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.
- Scarone, Arturo (1941). *Diccionario de seudónimos del Uruguay*. Montevideo, Claudio García Editores.
- Scarone, Arturo (1937). *Uruguayos contemporáneos*. Montevideo, Barreiro y Ramos.
- Scarone, Arturo (1922). *Cargos desempeñados y trabajos publicados (con sus documentos de prueba)*. Montevideo, Editorial Renacimiento.
- Scarone, Arturo (1922). *El libro y sus enemigos. Estudios sobre los insectos que invaden las bibliotecas, museos y archivos*. Montevideo, Editorial Renacimiento.
- Scarone, Arturo (1916). *Centenario de la biblioteca pública de Montevideo*. Montevideo, Talleres Gráficos del Estado.
- Scarone, Arturo (1915). *La Reforma Constitucional y el Ejecutivo Colegiado*. Montevideo, Talleres *El Siglo, La Razón y El Telégrafo*.
- Scarone, Arturo (1910). «Amor que muere». *Bohemia*, s/r. Disponible en <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/39415>, consultado el 24 de octubre de 2020.
- _____ «Alma mater», *Bohemia*, s/r. Disponible en <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/39414>, consultado el 24 de octubre de 2020.
- _____ «Crepúsculo» *Bohemia*. s/r. Disponible en <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/39416>, consultado el 24 de octubre de 2020.
- _____ «Y este otro... ¡para ella!» *La semana*. s/r. Disponible en <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/41613> consultado el 24 de octubre de 2020.
- Uguccioni, Alejandro (1969). *Los 60 años del «Círculo de la prensa del Uruguay»*. Montevideo, Círculo de la prensa del Uruguay.

